

MONSEÑOR FRANCISCO CASES ANDREU  
Obispo de Canarias

**PREGÓN DE LA SOLEMNIDAD  
DEL CORPUS CHRISTI**

ARUCAS  
3 de Junio 2009



que has compuesto no ha roto ni está rompiendo el diseño del conjunto que tu corazón ha dibujado. Porque es el sentido del conjunto el lazo que une los centímetros. Porque es el dibujo del todo lo que expresa lo que tu corazón quiere decir.

Y cuando termines de completar tu dibujo, haz con tus silencios una plegaria del corazón. Acaba como empezaste. Métete en el silencio y reza quedamente al Señor que guió tu mente, tu corazón, y tus dedos, y dale gracias con alegría. Y no pongas firma en ninguna esquina. Que no se vea tu nombre, para tu honra, sino el nombre de Aquel a quien se lo dedicas y ofreces, para su honor.

Porque no trabajaste para ti, sino para Él. Aquel para quien trabajaste ya ha visto tu obra, la leyó y hasta él mismo la puso en lo más íntimo de tu pecho. Él ya sabe que trabajaste para Él. A los demás, no les importa. Será como la tarjeta que acompaña un regalo de enamorado, que no necesita firma.

Y no te inquietes ni tengas pena cuando los pies de los que llevan y acompañan al Sacramento vayan rompiendo con sus pasos el trabajo de tus manos. Sonríe, alégrate. El Señor, Él en persona va recibiendo la plegaria que tus dedos tramaron en los granos de sal. Sólo para Él lo hiciste; goza de que sea Él quien lo toma y recibe.

Queridos amigos de Arucas: los que preparan las alfombras para la solemnidad del Corpus, les representan a todos Vds. Ellos aprendieron la técnica de los mayores, y la han ido mejorando. Pero sobre todo aprendieron el amor a Jesús Eucaristía, que aquí viene de muy lejos en la historia. Es el amor el que ha tejido y seguirá tejiendo las alfombras del Corpus en la ciudad de Arucas.

✠ Francisco, Obispo

## **PREGÓN DE LA SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI**

**Arucas, 3 de Junio 2009**

Mis queridos Hermanos y Amigos:

Desde que se me ofreció la oportunidad de estar con Vds. hoy y pregonar la Solemnidad del CORPUS CHRISTI en Arucas han rondado por mi mente, en momentos perdidos y en momentos de calma reflexiva y orante, algunas preguntas que yo llamaba previas.

)Qué esperan Vds. de mí? )Qué quiero, puedo o debo decirles yo en esta ocasión? En una Misa ya saben que yo voy a hacer una Homilía; en una charla o conferencia, el desarrollo de un tema; en una Apertura de curso, unas palabras de ánimo, y una fórmula establecida. En el Pregón del Corpus Christi )qué esperan Vds. de mí? )qué quiero, puedo o debo decirles yo en esta ocasión?

Y me hago estas preguntas porque soy consciente de que el texto de un Pregón de algún acontecimiento, Fiesta o Solemnidad, es hoy un género literario, una forma concreta de hablar con un colectivo de personas, que tiene como unas pautas establecidas, algo que se espera que el pregonero cumpla para deleite de los oyentes. Normalmente es un repaso entretenido, como una evocación de la Fiesta en la que se insiste sobre todo en las vivencias, se multiplican los detalles, recorriendo, incluso con toques románticos, los callejones de la vida, con sus recuerdos, sus apuntes eruditos de la historia o de la crónica. El texto de un Pregón suele ser rico en nombres propios: por él circulan lugares y personas, que los oyentes han conocido personalmente o de los

que han oído hablar. Son gentes del lugar, notables o sencillos, que han hablado, han anunciado, han visto, han vivido lo que se trata de anunciar o pregonar. Los oyentes salen del Pregón conscientes –en una manifiesta contradicción- de que de alguna forma acaban de revivir lo que no ha ocurrido todavía, lo que esperan celebrar tras unos días y de momento no ha pasado del anuncio y el aviso.

El plantearme estas preguntas y hacer estas reflexiones previas obedece en realidad a una doble circunstancia: en primer lugar, no puedo evocar con Vds. ninguna vivencia del Corpus arucano sencillamente porque no las tengo. Es cierto que he oído hablar del gran amor que la comunidad cristiana de Arucas tiene a Jesús Eucaristía, y que por ello la celebración del Corpus en nuestra Ciudad tiene una solemnidad muy especial. Es cierto que he visto y recorrido las calles ya preparadas con sus alfombras para el paso del Santísimo. Pero no he acompañado a Jesús Eucaristía con Vds. por las calles de la Ciudad. Me planteo las preguntas, además, porque creo que tienen derecho a esperar de su Obispo una palabra que sea algo más que un estudio erudito o una palabra prestada, algo más que un elogio, por mucho que lo merezcan por tantas cosas.

Yo mismo me he dejado interpelar por las preguntas más inmediatas, las más directas y elementales, las que exigen las respuestas que están en el fundamento de todo. El Diccionario llama 'PREGÓN' al hecho de *'publicar en voz alta algo que conviene que todos sepan'*. No nos sirve. Ustedes todos ya saben que se va a celebrar la Solemnidad del Corpus Christi, la han vivido ya en anteriores ocasiones, y la conocen mejor que yo. También dice el Diccionario que es 'Pregón' el *'hacer el elogio de una festividad e invitar a participar en ella'*. )Necesitan Ustedes que elogie la Solemnidad del Corpus Christi, y que les invite a participar en ella? ¿Necesitan que les anime a ponerse de rodillas sobre el suelo de las calles como en actitud de adorador, y a que

proyecto y tengan abierto el corazón por si les hace alguna sugerencia. Hablen con Él, y sobre todo, escúchenle. Que sus oídos se cierren en su presencia a los ruidos y las voces, y aprendan a sintonizar con lo más profundo del silencio. Su tarea es tarea de adorador.

Lo que van a hacer no es un encargo, ha de salir del corazón. Si por desgracia llegara el día en que no saliera del corazón, de que no supieran para quién tejen las alfombras, entonces habría que pagarles por horas su trabajo, y se habría perdido el sentido de lo que hacen. En las calles sólo habría turistas admiradores, no quedarían adoradores.

El sentido de las cosas no nace en el trabajo de las manos, sino en el corazón, porque es la mente la que crea o descubre el hilo que une las piedras del templo, y el corazón el que ideó el proyecto de construir un templo para acoger al que ama, y tejer una alfombra para que la pise el amado.

Que el trabajo de tus manos sea una ofrenda del corazón, el regalo que pones en manos de tu amado. Porque, si no sale de tu corazón, ¿cómo sabrá nadie por quién has trabajado? ¿Cómo sabrá tu amado que has trabajado para Él?

Al ponerte de rodillas para ordenar las flores, las ramas o los granos de sal, te haces pequeño para reconocer al más grande, estás en actitud de adoración a Aquel por quien estás haciendo tu trabajo. Tu cuerpo curvado sobre el trabajo de tus manos está diciendo que Alguien más grande que tú y que todo es tu norma y la razón del trabajo de tus manos, y de los pasos de tus pies, y de los impulsos de tu corazón.

Y después de ponerte de rodillas, te tendrás que levantar, y no sólo para que descansen tus piernas, sino para comprobar, alejándote un poco, que el detalle de cada centímetro cuadrado

Es muy posible constatar un crecimiento, lento pero que se extiende cada vez más, de los grupos y de los creyentes que saben ganar su tiempo en la adoración a Jesús Eucaristía. Sin duda es un regalo del Espíritu a nuestro tiempo. Ciertamente, la Iglesia tiene hoy más necesidad de adorar que de luchar. Y habría que preguntarse si no estamos mucho más ocupados en luchar que en adorar.

Adorar es contemplar en la vida la Presencia y hacerse pequeño para poder verla. Contemplar es repasar sin prisas las cosas, las personas, la vida. Y adorar es caer de rodillas al advertir la Luz que atraviesa las cosas contempladas, y darse cuenta de que estamos viviendo en una casa habitada por el Señor en persona, que nos busca y nos encuentra con su presencia cercana. Adorar es advertir que la vida tiene un sentido porque su centro es una Presencia. Adorar es exclamar como Juan desde la barca, al percibir a Jesús Resucitado en la orilla: *¡Es el Señor!* Adorar es mirar esa Presencia sin prisas, por sí misma, dejando a Dios ser Dios, dejándole sitio en la propia vida, tan llena de nosotros mismos: criterios propios o de Él; intereses propios o de Él; tiempo dedicado a nosotros o a Él; entrega nuestra o de Él, acercamiento a nosotros o a Él.

Permítanme que termine este pregón, que seguramente no responde a lo que se espera de un pregón, hablando con los jóvenes y mayores que tejerán las alfombras, sobre las que pasará el Santísimo en la Solemnidad del Corpus. Primero las pensarán, decidirán qué quieren dibujar, con qué medidas, con qué diseño, con qué colores. Después buscarán los materiales que necesitan. Se repartirán las tareas, los horarios. Calcularán los imprevistos.

Queridos amigos: antes de empezar, mucho antes de empezar, piensen para quién van a hacer las alfombras del Corpus. Es muy importante. Es lo más importante. Puede ser decisivo. Y vayan a encontrarlo a Él sin prisas. Cuéntenle su

vayan tejiendo las alfombras de sal que ornamentarán el paso del Santísimo? ¿Es preciso que les recuerde y les aliente a vivir la Eucaristía de ese día con un especialísimo cariño, y a acompañar el paso del Señor por encima de los dibujos y los colores que se mezclarán de formas nuevas precisamente con su presencia?

Inicié mi reflexión preguntándome a mí mismo ¿qué tenía que hacer, qué podían esperar de mí? Y ya estoy preguntándoles a Ustedes si necesitan algo y qué necesitan de mí. Preguntar puede hacerse para intentar saber, pero también para interpelar. Interpelar –dice el diccionario- es requerir, o simplemente preguntar a alguien para que dé explicaciones o descargos sobre un hecho cualquiera.

Hay algunas cosas en relación con el Corpus que ciertamente necesitan explicación hoy día. Y los creyentes necesitamos y debemos darlas y en primer lugar a nosotros mismos.

¿En qué sentido nos interpela el Corpus?

Una primera cuestión muy elemental: el Corpus supone una celebración en el templo, la Eucaristía de la Solemnidad. Pero implica también una manifestación religiosa en la calle muy especial: ya no llevamos imágenes, sino que acompañamos el paso del Santísimo, el Señor en persona, por las vías de la ciudad; y una ciudad que hemos engalanado y adornado de una manera tan singular que se ha convertido en una tradición cultural, que conlleva la presencia no sólo de los creyentes que comparten nuestra visión de los hechos que vivimos, sino también de muchos otros que se mantienen como espectadores, admiradores o simplemente curiosos turistas.

Siempre que se combina el templo con la calle en esta sociedad actual, afectada culturalmente por el laicismo y la secularización, surge una cuestión y se abre una pregunta. ¿Para

quién hacemos lo que hacemos? Y ¿qué hacemos en realidad cuando acompañamos a Cristo Eucaristía por la calle?

Cuando me han preguntado qué entendía por secularización, he respondido que es vivir en un mundo con abundantes referencias religiosas cristianas, que han dejado de ser referentes para un amplio sector de la sociedad, y, en ocasiones, incluso para los mismos usuarios o practicantes de las actividades, ritos o prácticas religiosas.

Por ello, la Solemnidad del Corpus, que une celebración en el templo con Procesión en la calle, y una calle preciosamente ornamentada, abre realmente una pregunta, que afecta tanto a los creyentes como a los espectadores de la sociedad. Los no creyentes pueden no sentir el aguijón de la pregunta, pueden quedarse en la curiosidad o el espectáculo. Por una vez no nos van a juzgar en negativo por salir a la calle, porque al fin y a la postre lo que hacemos atrae a las gentes a las calles de nuestra ciudad, y hace que su nombre suene. Pero los creyentes sí nos debemos preguntar si la Eucaristía que celebramos es referente en nuestras vidas, nos debemos preguntar si engalanamos las calles porque preparamos una alfombra a quien es el referente fundamental de nuestras vidas, o una efímera obra de arte que espera ser admirada precisamente antes de que pase Aquel para quien ha sido hecha.

Los creyentes podemos ver en la celebración de la Eucaristía el resumen de lo que somos y lo que debemos ser; el resumen de lo que hacemos y lo que debemos hacer. En la Eucaristía escuchamos la Palabra y la acogemos en el corazón para llevarla a la vida; es que en realidad nos entendemos a nosotros mismos más desde lo que Dios nos dice, que desde lo que nosotros mismos decidimos. En la Eucaristía damos gracias a Dios por sus dones porque sabemos que a Él se lo debemos todo, aunque luego en la realidad hagamos todo como si todo fuera

Benedicto XVI su preciosa lección sobre la necesidad de **adorar**. Centenares de miles de jóvenes en la explanada de Marienfeld, el Campo de María, escucharon cómo el Santo Padre unía el encuentro de los Magos con Jesús niño en Belén con el encuentro que allí mismo realizábamos en la noche de adoración ante Jesús Eucaristía: *"Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron"* (Mt 2, 11). *Queridos amigos, esta no es una historia lejana, de hace mucho tiempo. Es una presencia. Aquí, en la Hostia consagrada, él está ante nosotros y entre nosotros. Como entonces, se oculta misteriosamente en un santo silencio y, como entonces, desvela precisamente así el verdadero rostro de Dios. Por nosotros se ha hecho grano de trigo que cae en tierra y muere y da fruto hasta el fin del mundo (cf. Jn 12, 24). Está presente, como entonces en Belén. Y nos invita a la peregrinación interior que se llama adoración. Pongámonos ahora en camino para esta peregrinación, y pidámosle a él que nos guíe.* (Vigilia con los jóvenes. Discurso del Santo Padre Colonia - Explanada de Marienfeld, 20 de agosto de 2005)

Los creyentes de hoy tenemos más necesidad de adorar que de luchar. Estamos muy entretenidos en la búsqueda de los métodos, los programas, las dinámicas, y las formas de responder a una sociedad que nos reta continuamente, e incluso nos provoca y nos desafía. Sólo si sabemos adorar, sólo si adoramos realmente, podemos encontrar la palabra justa y el gesto conveniente. La adoración no es quietud e inmovilidad; la adoración es una peregrinación interior, un *"gesto de sumisión, el reconocimiento de Dios como nuestra verdadera medida, cuya norma aceptamos seguir. Significa que la libertad no quiere decir gozar de la vida, considerarse absolutamente autónomo, sino orientarse según la medida de la verdad y del bien, para llegar a ser, de esta manera, nosotros mismos, verdaderos y buenos"*. (Misa con los jóvenes. Homilía del Santo Padre Colonia - Explanada de Marienfeld, 21 de agosto de 2005).

especial; una Carta Apostólica, *Mane Nobiscum Domine*, para acompañar la reflexión creyente de ese Año; un Congreso Eucarístico Internacional; un Sínodo de los Obispos convocado para el mismo tema. Pero también, un enfoque para la Jornada Mundial de la Juventud que habría de celebrarse en Colonia. Llenan estas iniciativas los dos últimos años de la vida de Juan Pablo II, que murió en abril de 2005. Sería Benedicto XVI quien abriría el Sínodo sobre la Eucaristía y quien en la Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis* (2007) recogió y ofreció a la Iglesia sus reflexiones después del Sínodo. Fue también Benedicto XVI quien acompañó a los Jóvenes en la Jornada Mundial de Colonia, y quien les habló repetidamente del enfoque que Juan Pablo II había indicado. Me detendré un poco sobre este punto porque nos ofrece una perspectiva enriquecedora para el momento presente de la Iglesia, y para la Fiesta que nos convoca.

Juan Pablo II había propuesto como lema para el Encuentro Mundial de los jóvenes en Colonia la frase de los Magos en su búsqueda del Rey de los judíos: «*Hemos venido a adorarlo*» (Mt 2,2). Es un tema –decía el Santo Padre– que permite a los jóvenes de cada continente recorrer idealmente el itinerario de los Reyes Magos, cuyas reliquias se veneran según una pía tradición precisamente en aquella ciudad (Colonia), y encontrar, como ellos, al Mesías de todas las naciones.

### **Buscar a Cristo, encontrarlo, adorarlo, anunciarlo.**

Esta secuencia de verbos podría muy bien resumir la dinámica que proponía Juan Pablo II a los jóvenes para la Jornada Mundial. Pero ya desde el principio, el camino de los Magos se convertía en una peregrinación Eucarística. “*La Eucaristía es el centro vital en torno al cual deseo que se reúnan los jóvenes para alimentar su fe y su entusiasmo. Ya desde hace tiempo pensaba en una iniciativa eucarística de este tipo (Mane Nobiscum, 4).* Y Colonia fue realmente una asamblea de Adoración Eucarística. Centenares de miles de jóvenes escucharon de labios del Santo Padre

obra de nuestras manos. En la Eucaristía hacemos memoria de Jesús, repetimos las palabras y los gestos con los que Él **nos entrega su presencia y hace presente su entrega**, porque es eso precisamente lo que somos y lo que debemos ser cuando participamos de su regalo: pan presente para saciar el hambre del mundo, pan partido y sangre entregada en la vida de cada día. En la Eucaristía somos enviados a la calle, a la familia, al trabajo, al taller y a la oficina, porque es allí donde debemos hacer presente nuestra entrega, y así hacer presente a Cristo mismo.

Los creyentes podemos ver de una manera especial en la Procesión del Corpus el resumen de nuestra misión. La Iglesia no tiene otra cosa que hacer en este mundo que lo que hace en la Solemnidad del Corpus: celebrar la presencia de la entrega de Cristo, y llevar a Cristo a todos, acercar a Cristo a todos.

Un periodista me preguntó en una ocasión: ¿Para qué sirve la Iglesia? ¿Qué aporta la Iglesia a la sociedad? En un momento en que a la Iglesia se la ve como retrasada, e incluso como enemiga de lo que muchos entienden por progreso, es importante la pregunta y es muy conveniente acertar en la respuesta. Es fácil caer en la tentación de responder repasando el número de los misioneros que trabajan en el tercer mundo, o de los voluntarios de Cáritas que tanto están haciendo al servicio de los más pobres y marginados. En estas fechas de crisis económica está patente a los ojos de todos cuánta verdad hay en estos datos. Pero ¿nos hemos parado a pensar de dónde brota el criterio de que los necesitados pueden y deben ser ayudados? ¿De dónde brota la fuerza para ayudarles? Por eso, yo quise acentuar algo previo, algo mucho más fundamental: **Lo más importante y precioso** que la Iglesia aporta a la Sociedad, aunque no siempre lo hace con total transparencia, **es Jesucristo**. Cuando la Iglesia inicia en la vida cristiana en la Catequesis, cuando ora, cuando celebra, cuando acompaña a unos jóvenes en una convivencia, en una charla o en una excursión, cuando atiende a los transeúntes, a los

sin techo, a los emigrantes, o a los enfermos de sida, siempre está haciendo lo mismo. Como si estuviera en una permanente Procesión del Corpus, la Iglesia pone a Cristo en el centro de la vida, en el centro de la historia real de los hombres. Pone su luz, su manera de ver las cosas, de valorar la vida, las personas y las situaciones. Y pone su fuerza, el amor, su mismo amor, que es lo que mueve el corazón de los creyentes para servir a todos.

**El Evangelio, la Buena Noticia que es Cristo mismo**, es lo que la Iglesia aporta a la sociedad. Si no es fiel al Evangelio, a Cristo, la Iglesia no beneficia a la sociedad. Cuanto más fiel es al Evangelio, a Cristo, más beneficia a la sociedad.

Es de aquí de donde manan:

**La luz, el criterio**, o los criterios que comunica para valorar o discernir las cosas esenciales de la vida. La defensa de la vida, de la familia fundada sobre el matrimonio para siempre, de la convivencia pacífica, de los derechos humanos...

**La caridad** que le lleva a estar cerca del hombre, de todos los hombres, y le lleva a ayudar en todas sus necesidades: educación y formación, hambre, pobreza, abandono, exclusión, injusticia, soledad y desesperanza, violencia, odio...

La Solemnidad del Corpus tiene una gran fuerza para interpelar a los creyentes. Toda Eucaristía la tiene, pero en esta Solemnidad, y con las características tan especiales que la acompañan, esta fuerza se hace mayor.

La Eucaristía nos interpela sobre nuestras contradicciones e incoherencias, porque nos cuestiona sobre la distancia que se da entre la práctica religiosa, que es obviamente expresión de una devoción y un seguimiento, y la vida y el testimonio, que es donde esa devoción y ese testimonio se ponen de manifiesto.

Pero la Eucaristía nos interpela también sobre nuestras

inercias y rutinas, enemigas del amor. En la familia, aun con la excusa o la justificación de atender lo importante, los niños, el colegio, la hipoteca, el empleo, es posible olvidar, dar por supuesto, y pasar por alto el amor. Y cuando se da por supuesto y se pasa por alto el amor, el amor se apaga. Y dejar que se apague el amor es perder la presencia y la entrega. Y con la Eucaristía pasa lo mismo. Se dice o se oye Misa, pero no se celebra nada; se proclama y suena una Palabra, que no es escuchada; se repiten hasta los gestos de Jesús en la última Cena y se repiten sus mismas palabras, pero no se acoge la presencia ni se adora al único Señor que merece ser seguido... Y se pueden hacer bellísimas alfombras, que no están dedicadas a nadie.

Preparando este Pregón, y preguntándome por dónde continuar la reflexión, qué decir para superar la amenaza de las incoherencias y las rutinas, repasé una vivencia de hace pocos años. Creo que el gran testamento espiritual que nos dejó Juan Pablo II en los dos últimos años de su ministerio, la lección que quiso mostrarnos fue su preocupación por el lugar de la Eucaristía en la vida y en la misión de la Iglesia.

En la solemnidad del Corpus Christi del año 2004 anunció la celebración del Año especial de la Eucaristía. Estas fueron sus palabras: *He querido dedicar a la Eucaristía la primera encíclica del nuevo milenio, y me alegra anunciar ahora un Año especial de la Eucaristía. Comenzará con el Congreso eucarístico internacional, que se celebrará del 10 al 17 de octubre de 2004 en Guadalajara (México), y concluirá con la próxima Asamblea ordinaria del Sínodo de los obispos, que tendrá lugar en el Vaticano del 2 al 29 de octubre de 2005, y cuyo tema será: "La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia".*

Una Encíclica, la primera del nuevo Milenio, la *Ecclesia de Eucharistia* (17 de Abril de 2003); la convocatoria de un Año